

LOS SUEÑOS DE UN AFILADOR

Cuqui Camisillo no se llamaba así; pero, a todos los efectos, era igual porque cuando se le requería, siempre respondía gustoso al ser llamado por ese coquetón «Cuqui». «Cuqui, esto...; Cuqui, lo otro...», era lo normal en el pueblo, y él no se sentía ofendido, ni siquiera afectado, como si ese apelativo más propio de niña pija que de varón, por muy poco que uno se sienta, y por menos que se pretenda ocultarlo –como era el caso-, hubiese sido la intención familiar desde la pila bautismal. Pero no era así. Por aquellos pagos se afirmaba que Cuqui Camisillo poseía el «Camisillo» de auténtica herencia paterna, pero que el «Cuqui» era errado. Provenía, al parecer, como consecuencia de un hecho que no debiera haber significado más que unos momentos de humor, como mucho, pero que, por esas circunstancias extrañas en que lo accesorio se convierte en principal sin posible justificación para tamaña estupidez, así ocurrió. Fue el caso que, antaño, Camisillo, de acuerdo con su profesión de afilador, paseaba por las calles del pueblo tras el carricoche de una sola rueda grande, que luego servía de motriz para las muelas de arenisca, no sin antes el pedaleo monótono con el que alternaba ambas piernas. Traía, como siempre –y esto era un suplemento económico para su tarea diaria entre cuchillos y tijeras-, un serón con los más variados objetos, tan dispares en tamaño como los usos a que podrían destinarse. Aunque pareciera raro, comerciaba con aquellas baratijas, de las que sólo él conocía su procedencia, con bastante comodidad, pues siempre había alguien que se interesaba por alguno de sus cachivaches. Aquella mañana, con un sol que se hacía notar en exceso, y un poco cansado de recorrer las calles con una poco más que mediana clientela, se sentó en un banco del llanete, y decidió un descanso para tomar un respiro –que no un trago, que todo llegaría en su justo momento-. Las mujeres, conocedoras del día de visita de Camisillo, hacían un alto en sus obligaciones, más como justificación para despejar

provisionalmente sus hogareñas mentes que por la posibilidad de encontrar algo que mereciera la pena. Aquel día llevaba, entre los articulillos, un reloj de cuco que, por muy desvencijado y raído que estuviese, llamó la atención del público femenino, que, para entonces, era bastante numeroso. Una de ellas, con más curiosidad que deseos de compra, preguntó:

_ ¿Qué cacharro es ese, Camisillo?

Y él le respondió presto, pavoneándose delicadamente como quien se siente el centro de atención al mostrar a los amigos una bicicleta nueva o un electrodoméstico de última generación:

_ ¿Qué va a ser, señora? Un reloj de cuqui. ¡Ay, Jesús, qué digo! De cuco, señora, de cuco.

Como el pueblo no era excesivamente grande, el suceso comenzó a circular de boca en boca con la presteza del agua que, después de los chubascos primaverales, discurría desordenadamente por las pendientes calles mal empedradas. Un lugar como aquel en que sus vecinos no andan en litigios ni otras garambainas, es terreno abonado, entre otras cosas, por aburrimento, para verdaderos y falsos testimonios. El caso es que, a partir de entonces, el vecindario –que conocía el pie de que cojeaba- comenzó a olvidarse de su verdadero nombre y dio por llamarlo Cuqui, lo que, por otra parte, a él no importó en absoluto.

%%%%%%%%%

Cuqui Camisillo ya no tarda algunas jornadas en llegar a Bujalance procedente de otros pueblos cercanos cargado de baratijas, viejas ilusiones y alegre como un choto. En los buenos tiempos, las distancias eran más cortas, proporcionadas a la juventud y a la escasez de

problemas; pero las cosas iban siendo más complejas ahora; en pocos años la vida había cambiado tanto que ya todo le era mucho más complicado.

Su mundo se había centrado en el trabajo heredado de su padre. Los conocimientos de la vida no habían sido adquiridos precisamente en la escuela, de la que tuvo que prescindir bastante antes de que el periodo académico reglamentario cumpliera su misión cultural. El contacto con la gente por aquellos mundos de Dios; las múltiples circunstancias adicionales al tira y afloja del regateo; la brega con los representantes de las diferentes administraciones a las que no tuvo más remedio que acudir; las dificultades de diversa índole que debió superar, y los avatares de una vida solitaria en todos los sentidos, fueron las alternativas que el destino le ofreció y de las que extrajo lo necesario para ir tirando.

Podría decirse que había sido feliz con aquel modo especial de vivir. Su constante transitar de un sitio a otro le había permitido ir perfeccionando lo que él llamaba, con ese coquetón énfasis característico, "*mundología*". Difícilmente llegara a saber, en puridad, qué era eso. Pero desde mucho tiempo atrás había oído el término, e, intuitivamente, lo asimiló a la experiencia práctica conseguida con el tiempo y el contacto humano. Lo repetía, tal vez, excesivamente: "lo importante es la *mundología* –decía- ; ¿para qué necesito más estudios? Mi carrera es la *mundología*"...

A Cuqui le parecía bien su andarina vida de afilador de pueblo, su anónimo vagar por caminos descarnados y mal llamadas carreteras; bosquejando su itinerario interminables laberintos, a veces de tierra, y a veces de alquitrán, muy a pesar de sus pies cansados y con rozaduras, tal vez por el sudor y la falta de aseo, que todo hay que decirlo, y por un juanete del pie izquierdo, terrible defecto que él, femenino y delicado, había tratado siempre de ocultar, pero que solía hacerle la puñeta sin inmediato remedio.

Su prematura entrada en el mundo laboral le había frustrado la ocasión de hacer amistades duraderas. El escaso tiempo de escuela cercenó la posibilidad de prolongar

cualquier relación que dejara huella; precisamente las que más se recuerdan si proceden de edades tempranas, y que se transforman en permanentes si la amistad se mantiene durante aquellos años de infancia y adolescencia. Pero no se añora lo que no se conoce, y él sólo conocía la soledad de los campos, aquellas extensiones escasamente sofisticadas.

Cuqui era independiente y amaba su independencia. Detestaba los lazos familiares, aquellos que apenas le retuvieron y de los que no tenía más que un leve recuerdo que ni siquiera era agradable. Tal vez fuese miedo; a fin de cuentas reconocía no estar preparado. Sabía, eso sí, que cualquier atadura significaría una merma en su potestad de decisión, y una obligación, o mejor, una serie de obligaciones a las que casi estaba seguro de no saber atender.

Amaba la paz de sus silenciosos viajes, y con una laxitud impropia de su edad, aborrecía la fanfarria de los días festivos. Adoraba la callada música de la lluvia, a pesar de que en más de una ocasión le había jugado una mala pasada. Era capaz de sentir algo con las nubes dispersas de la mañana, o el cielo rebosante de luz; pero, decididamente, rehuía el agobiante vínculo con cualquier mujer, ni fea ni hermosa, por lo que suponía de esclavitud moral; quizá también por la poca instancia física hacia ellas que su naturaleza le permitía...

%%%%%%%%%

Cuqui Camisillo ya no visita el pueblo con barba de varios días, ceñido a su única y gigantesca rueda, y, posteriormente, en pintoresca simbiosis con su derrengada moto, gestora de las areniscas ampliamente desgastadas por el penitente vacie de aceros culinarios y tijeras centenarias. Tampoco se despepita ya soplando artísticamente su instrumento de desiguales tubos metálicos, a la primera clarita, por los rudimentarios portones de aquellas casas destartaladas y hurañas.

_ Cuqui, ¿cuánto me va a costar este cuchillo? – decía la mujer madrugadora, con el hueco del hambre tapado con un desayuno a base de tostones e infusión de achicoria y leche de vaca recién hervida-.

Cuqui lo tomaba, lo observaba detenidamente, pasaba la yema de su dedo coquetón por el filo y, con gesto histriónico decía sentencioso, un *sí es no es* delicado y pedantillo:

_ Por dos pesetas se lo dejo como nuevo.

Ella, simulando sorpresa y algo de enojo, rezongaba:

_ ¿Dos pesetas? Vamos, ya será menos.

Señora -volvía él-, porque es muy temprano y no tengo ganas de discutir, se lo dejo en seis reales, ni un céntimo menos. ¿Es que no se da cuenta de que está el filo más basto que el rabo de una sartén? ¿Qué ha estado cortando con él, huesos de jamón?

_ ¡Huesos de jamón! ¡Qué más quisiera yo! Bueno, una peseta y ya va bien.

%%%%%%%%%

Cuqui Camisillo ya no adquiere un puesto para extender la malhadada manta en el jergón de la posada, tras la jornada deportiva y musical. No solía dársele mal, pero su innato sentido del ahorro le impedía gastarse un dineral por tan sólo dormir muellemente en la única, aunque bien hateada pensión del pueblo.

Allá, en la otra aldea, la suya de siempre y la de sus padres, tenía su casa: una humilde vivienda heredada quién sabía de qué antiguos familiares, pero que satisfacía más que de sobra sus necesidades inmediatas. De todos modos, ¡para el tiempo que pasaba en ella!... Tenía, sobre todo, un corral con un limonero inmenso, de muchas generaciones acá. Era lo único aprovechable de él porque su errante vida le impedía tener animales. Todos los vecinos tenían gallinas o conejos, que aliviaban –aunque poco- sus precarias economías. Él, ni eso.

Los animales necesitan una atención diaria que no podía ni quería dar; prefería sus incómodos viajes, por penosos que resultasen.

Al fondo, pegando con las paredes del vecino del otro lado de la calle, tenía un cuarto grande y destartalado, que servía tanto para guardar la máquina de afilar y sus avíos como para almacenar los múltiples cachivaches y aparatillos que iba recogiendo de aquí y de allá, de uno en otro pueblo, y que ponía a la venta, la mayoría de las veces tal cual, sin ni siquiera un repaso estético. Siempre había alguien a quien interesara un almirez metálico, o unas tenazas de cocina, o un despertador de adorno, o, incluso, barajas de cartas viejas, pulverizadores de insecticida, rollos antimoscas, grifos antiguos...

Era mucho más, salvo en épocas muy precisas, el tiempo que estaba fuera que en su casa. Sólo permanecía allí en festividades contadas: Navidad, Semana Santa, y poco más. Y, como él decía, las paredes se le echaban encima. Una opresión en el pecho, y una ¿angustia? le privaban del posible placer de lo íntimo del descanso en el hogar. Aunque siempre se cuestionaba estas razones. ¿Qué es un hogar, estar solo? Además, sinceramente, al menos hasta ahora, no había añorado otra forma de vida sino sus paseos laborales y su impagable independencia.

En el bagaje de su depósito de conceptos no existía ni el quijotismo ni el estoicismo, así pues, no era nada de esto lo que le hacía elegir posadas a pensiones; prefería abonar su joven cuerpo con algunas incomodidades en pro de un ahorro, no usurero, sino más bien previsor.

A las primeras luces despertaba, entumecido y aturdido, mas no por eso menos dichoso y pizpireto. Recogía sus pertenencias; hacía sus abluciones en el basto pilón del patio; evacuaba, por innecesario, lo evacuable y, asido a su destartalada motocicleta, salía al aire puro de la mañana a la espera de una clientela tan madrugadora como él mismo.

%%%%%%%%%

Cuqui Camisillo vive hoy en Bujalance. Ya se notaba, por su mayor asistencia, que éste pueblo tenía para él un cierto atractivo, tanto que, al final, terminó por seducirlo.

Es un hombre maduro, de pelo abundante aunque prácticamente blanco, lo que le da una cierta prestancia, un aire atractivo como nunca había tenido.

Con la venta de su casa y unos ahorros, ha montado ahora un modesto, aunque decente establecimiento de electrodomésticos que, por ser el primero, monopoliza las necesidades de los vecinos, cada vez más dispuestos a modernizar sus hogares. Al mismo tiempo, en la trastienda, dedica sus horas libres –que son bastantes- a reparar lo reparable. No es técnico de nada pero como mañoso lo fue siempre, obtiene honradamente un sobresueldo con alguna que otra chapucilla.

Ha cambiado mucho; él no se da cuenta, pero sí lo ha hecho. Involuntariamente todos cambiamos en el interior al mismo tiempo que lo hace nuestra perdurable coraza carnal. Si hay algo permanente tras el periodo, no tan corto como pudiera parecer, de maduración y cimentación de la personalidad, es el sentido del mundo, la forma peculiar de admitir la realidad, nuestra realidad; el modo íntimo de conformar nuestras emociones en lógica reacción ante heterogéneos estímulos; la idea del bien y del mal, de lo conveniente aunque nos disguste o lo inconveniente aunque nos satisfaga. Mas, con la edad, ese *fondo*, si no es adecuado a una lógica norma vital, si roza de alguna forma corrientes nuevas, se sumerge lentamente, como un navío en zozobra, en lo más profundo del espíritu, y el subconsciente lo va absorbiendo mesurada pero inexorablemente, con la lentitud y fruición de una sanguijuela, dejando solamente una máscara consciente que nos hace parecer tan ajenos al que fuimos como el retrato de Dorian Gray a su modelo.

%%%%%%%%

Se casó con una mujer del lugar, poco avispada y de carácter enérgico y gruñón, tal como había supuesto antaño y había evitado insistentemente. Lleva una vida aburguesada y rutinaria, tanto que ni las frecuentes riñas con su cónyuge le ofrecen, por consuetudinarias, la más mínima nota discordante. Hubiera supuesto algo así como una pizca de condimento en un guiso desaborido; pero ni eso. Sin embargo, Cuqui Camisillo se despierta a menudo por las noches con un sueño que comienza a preocuparle: se ve por un sendero sin fin, con los pies cansados y doloridos, y sin otra compañía que los pájaros y el viento; aunque –y eso es lo que encuentra raro- se siente a gusto así. De todos modos, ya ha decidido cenar un poco antes para acostarse con la digestión bien hecha.